

La evolución del papel de los intérpretes de lengua de señas en Estados Unidos: de guardianes benévolos a aliados

Por Anna Witter-Merithew

Introducción

La interpretación en lengua de señas primero se reconoció como profesión en los Estados Unidos a mediados de los años 1960, cuando el Registry of Interpreters for the Deaf (el Registro de Intérpretes para los Sordos, o el «RID, Inc.») se estableció. La finalidad del RID sigue siendo la de definir y difundir las normas para las aptitudes y el ejercicio de la interpretación en lengua de señas en todo el país. A partir de 1998, el RID tiene más de cincuenta y cinco divisiones en cuarenta y nueve estados, las cuales, junto con la asociación nacional, sirven como el vehículo por el cual los intérpretes exploran la naturaleza cambiante del proceso de la interpretación y nuestro papel como profesionales. Las percepciones hacia el papel y la responsabilidad de los intérpretes han cambiado de manera significante en los últimos treinta años, y cada cambio refleja una madurez intelectual de crecimiento, así como el reconocimiento de los factores sociales y políticos que dominan el entorno (Smith y Witter-Merithew, 1991).

Existen muchos factores sociales y políticos que ejercen control sobre la percepción del papel y las responsabilidades de los intérpretes, así como las leyes sobre discapacidad que protegen el bienestar de las personas sordas en la sociedad estadounidense y las tendencias en la educación de niños sordos. Algunos de estos factores se fundamentan en los sentimientos del gobierno y los educadores hacia las personas sordas y su uso de la lengua, los cuales provienen de una perspectiva patológica. Ésta se define como una perspectiva hacia personas sordas basada en los problemas que encaran y las maneras en que las consecuencias de la sordera se pueden reducir o eliminar (Lane, 1985; Smith, 1996). En general, esta perspectiva supone que las personas sordas tienen capacidades limitadas y necesitan de la

ayuda de personas oyentes para ser normales; hace hincapié en la importancia de la lengua oral y mide el éxito de las personas sordas según el grado al que pueden imitar los comportamientos y aptitudes de sus compañeros oyentes. Entre más «normal» pueda llegar a ser la persona sorda, más exitoso se considera (Baker-Shenk, 1986).

Sin embargo, otras tendencias sociales y políticas, así como el movimiento de derechos civiles de los estadounidenses sordos y las investigaciones lingüísticas y antropológicas sobre la lengua de señas estadounidense (ASL) y las normas culturales de la comunidad sorda, han tenido como resultado una perspectiva sociolingüística hacia las personas sordas. Esta perspectiva reconoce el avance de las personas sordas, con una lengua distinta y una comunidad cultural propia, y observa las soluciones creadas por personas sordas para vivir de manera «sorda» en un entorno oyente (Baker-Shenk, 1986). Estas perspectivas en evolución y encontradas hacia las personas sordas ha ayudado a moldear la manera en que los intérpretes de lengua de señas enfrentan la interpretación y su manera de concebir su papel y sus responsabilidades.

De guardián benévolο a aliado

Antes de la creación del RID, las personas que ejercían como intérpretes para los sordos en su mayoría eran voluntarios sin capacitación alguna y sin pautas para orientar su debido comportamiento. Esta época representa la historia social de los Estados Unidos, cuando había mucha controversia en cuanto a la educación del sordo, y la sociedad en general mantenía muchas ideas peyorativas hacia las personas sordas. Se caracterizaban como más débiles, con una severa discapacidad, rotos e inferiores y con necesidad de apoyo y alguien que los cuidara. No se conocía bien la lengua indígena de las personas sordas, y se consideraba como una forma del inglés abreviada o gramaticalmente incorrecta. El intérprete voluntariado se consideraba como el «guardián benévolο», quien podía lograr que las personas sordas llegasen a conocer la sociedad.

Estas creencias sobre las personas sordas resultaron en un modelo de la interpretación paternalista; la relación entre el intérprete y la persona sorda no era igualitaria. A menudo, los intérpretes eran imponentes hacia las personas sordas, diciéndoles qué hacer, y este modelo reafirmó la opresión social que las personas sordas en los Estados Unidos ya estaban experimentando (Smith y Witter-Merithew, 1991). No obstante, surgió una afirmación elemental de este período de la historia de los intérpretes en los Estados Unidos: definitivamente, las personas sordas estaban oprimidas y había un desequilibrio de poder tremendo entre los estadounidenses sordos y los estadounidenses oyentes. Los intérpretes se encontraban en ese entonces —y hoy en día— en una posición única de entender y reconocer el desequilibrio que existía y de fomentar más igualdad.

Con la creación del RID, había un esfuerzo consciente de cortar lazos con la imagen de guardián benévolο y, en su lugar, establecer una identidad profesional basada en principios universales que orientan a la mayoría de los profesionales estadounidenses: la confidencialidad, la integridad, la objetividad, la discreción, la aptitud y la fidelidad. A pesar de que estos principios son

apropiados y necesarios, se aplicaron en la época temprana del RID de manera estrecho, rígida y punitiva. Los intérpretes eran «máquinas» o «conductos», cuya única función era transmitir información de manera desapercibida. La idea era que las personas sordas tenían que aprender cómo funcionar como oyentes y estar sujetas a las mismas normas que ellos. Por tanto, los intérpretes se comunicaban con las personas sordas en señas que seguían más la orden de palabras y significados del inglés. Se creía que ésta era la única manera de que las personas sordas aprenderían inglés (Quigley, 1972).

Cabe mencionar que los primeros líderes del RID eran docentes de niños sordos. Por tanto, las metas y metodologías dominantes en la educación del sordo en ese tiempo se trasladaron a las teorías sobre el papel y las responsabilidades de los intérpretes (Cokely, 1980). En ese tiempo, estaban floreciendo los sistemas de señas basados en el inglés en la educación del sordo, y se prefería que los intérpretes usaran esos sistemas en un intento de enseñar a las personas sordas el inglés. El cuerpo de intérpretes era pequeño y aislado y dependía de los líderes del RID para definir su papel y responsabilidades. En aras de proteger a las personas sordas y evitar la posibilidad de que los intérpretes aprovechasen de su posición y retornasen al enfoque paternalista de guardián benévolos, se diseñó la definición estrecha y rígida de «intérprete como conducto». Sin embargo, en realidad, la definición estrecha del papel y las responsabilidades no funcionó porque la expectativa subyacente de que las personas sordas actuasen como si no fueran sordas no era razonable.

Los intérpretes sienten un gran conflicto entre la manera en que se les instruyó cómo comportarse y la realidad del proceso interpretativo. A menudo, los intérpretes encontraban situaciones en que los usuarios sordos o hipoacúsicos acudían a ellos para solucionar malentendidos, conflictos culturales y problemas logísticos, lo cual causaba sentimientos encontrados por parte de los intérpretes. A veces retornaban al modelo de guardián, pero siempre sentían conflicto y pena. Por tanto, no conversaban sobre estos problemas con sus compañeros por temor de que los juzgara como no profesionales o no éticos. Asimismo, las personas sordas muchas veces percibían a los intérpretes como indiferentes, fríos, distantes, desinteresados o demasiado alineados con las personas oyentes quienes por largo tiempo los ha oprimido (Baker-Shenk, 1985). Con el tiempo, esto resultó en una violación de confianza entre los intérpretes y las personas sordas que aún hoy se está tratando de enmendar.

A la medida que el RID iba creciendo, el número de intérpretes aumentaba; empezaron a florecer programas de educación de intérpretes, y había más oportunidades para tratar el papel y las responsabilidades y para definir las normas profesionales en términos más eficaces. A mediados de los años 1970, hubo un cambio en la definición del papel que reconoció que los intérpretes tenían que participar activamente para dar lugar a situaciones interpretadas exitosas. Este cambio se trató del reconocimiento de que los intérpretes tienen un gran impacto en el proceso de comunicación y deben colaborar con los usuarios para crear un ambiente idóneo en que la comunicación pueda florecer. El cambio se conoce como el modelo de «intérprete como facilitador» (Witter-Merithew, 1986).

Durante esta época, los intérpretes empezaron a reunirse con los usuarios antes del comienzo del trabajo, así para determinar ciertos asuntos, como la ubicación de las personas, los turnos conversacionales, el vocabulario especializado y otras consideraciones del proceso comunicativo. Estas reuniones previas también sirvieron como oportunidad para desarrollar una relación con los usuarios para así crear un entorno cómodo y una comunicación más eficaz.

Además, los intérpretes empezaron a prestar más atención a la preparación previa y a otros asuntos relacionados con las condiciones de trabajo. En este modelo del intérprete como facilitador de la comunicación, los intérpretes empezaron a buscar maneras de controlar las variedades del uso del idioma que ocurren entre las personas sordas. El resultado fue una conciencia creciente de que los intérpretes deben adaptar su uso del idioma para encajarse a la situación y a los usuarios participantes. No obstante, persistían dudas sobre cómo hacer ajustes apropiados al idioma y cuánta participación debe tener el intérprete en el proceso comunicativo. En general, la mayoría de los intérpretes aún usaban un sistema de señas basado en la estructura del inglés en vez de la lengua natural y nativa de las personas sordas: la ASL.

Simultáneamente con este cambio de la definición del papel de los intérpretes, los años 1970 y 1980 eran un tiempo en que los lingüistas y los antropólogos estaban investigando la lengua de señas estadounidense y la cultura de las personas sordas. La comunidad sorda también estaba en medio de un movimiento político significante para aumentar su acceso a la sociedad y a la educación mediante el uso de intérpretes, la telecomunicación y el reconocimiento académico de la lengua de señas estadounidense. Las asociaciones de sordos, como la National Association of the Deaf (Asociación Nacional [de EE. UU.] de los Sordos) y la Federación Mundial de Sordos, empezaron a tomar papeles importantes de liderazgo para definir las políticas públicas sobre las personas sordas. Asimismo, las personas sordas empezaron a redefinir la perspectiva que tenían de sí mismas y aemerger con un aprecio creciente de su identidad «sorda». El centro de esta identidad era la lengua indígena y natural de las personas sordas, la ASL, que ha sido oprimida por la sociedad general mediante políticas educacionales por muchos años (Lane, 1985). El reconocimiento académico de la lengua de señas estadounidense resultó en una participación más activa por parte de la comunidad sorda en los entornos políticos y sociales para que los intérpretes usaran la lengua natural y nativa de las personas sordas con más destrezas.

A la medida que estos esfuerzos fueron sintetizados por la profesión de intérpretes, el campo de la interpretación se encaró con un gran reto y disyuntiva. Como grupo, no teníamos suficiente competencia en ASL para responder a las expectativas cambiantes de la comunidad sorda. Los programas de capacitación en interpretación no eran de suficiente duración como para proporcionar instrucción lingüística adecuada (Witter-Merithew, 1989). Por muchos años, nos habíamos adherido a las normas de la Educación del Sordo y nuestra forma de señalar era más parecida al inglés cuando interpretábamos—lo que denominamos «transliteración». Las raíces de la tradición de la transliteración en el campo de la interpretación en lengua de señas en los Estados Unidos eran tan arraigados que

aún hoy en día luchamos para esforzarnos a dominar la interpretación en ASL.

No obstante, gracias a los esfuerzos pioneros de personas como Bienvenu, Colonomos, Cokely, Baker-Shenk, Smith, Neumann-Solow y otras, el campo de la interpretación nuevamente ha experimentado un cambio importante de teoría, hacia un modelo de interpretación conocido como el «Bi-Bi». En este modelo, el que se presentó por primera vez en 1983 (Witter-Merithew, 1987), el intérprete se ve como el mediador de lenguaje y cultura, y con una responsabilidad ética de transmitir mensajes que conserven los propósitos semánticos originales del orador. Para lograr esta equivalencia semántica, es necesario reconocer que los mensajes siempre sufren influencia de las raíces del orador, su orientación cultural, su identidad y sus experiencias de vida. Asimismo, para crear la equivalencia, es necesario reconocer las raíces del público receptor, su orientación cultural, su identidad y sus experiencias de vida. El intérprete, por tanto, debe poseer competencia bilingüe y bicultural como prerrequisito para la interpretación exitosa (Cokely, 1989). Se reitera que esto fue una desviación significativa para los intérpretes estadounidenses, quienes se habían acostumbrado a la transliteración. Tardó casi una década para que la mano de obra actualizara su competencia lingüística para responder adecuadamente a las demandas de los usuarios sordos. En algunas regiones de los Estados Unidos, este proceso continúa hasta hoy.

Los programas de capacitación de intérpretes también cambiaron su manera de enseñar la interpretación: se prestó más atención en el desarrollo de las habilidades cognitivas necesarias para interpretar con éxito de una lengua a otra en simultánea. Algunos programas adicionaron más materias, lo que extendió la cantidad de estudio requerida para graduarse. Muchos programas empezaron a contratar a personas sordas cualificadas para enseñar los cursos de enseñanza de la lengua, y también para ayudar con la enseñanza de las habilidades de interpretación. Se agregaron cursos de Cultura Sorda y Estudio Comparativo de Cultura al plan de estudios. Al desarrollarse más materiales instructivos, se han trasladado los puestos de líderes en instrucción de lenguaje y cultura a personas sordas. Al mismo tiempo, los estadounidenses sordos siguen redefiniendo su identidad y su plan político y social para la comunidad sorda. Este proceso ha resultado en la adaptación continua del papel y las responsabilidades de los intérpretes.

Desde el principio de los años 1990, ha habido un movimiento para definir el papel de los intérpretes desde la perspectiva del modelo de «aliado». Con el crecimiento de nuestra aptitud lingüística y cultural, hemos colaborado con la comunidad sorda para arrojar más luz, desde un nivel filosófico, sobre la realización del movimiento social y político de las personas sordas. Se ha dado atención al papel ético de los intérpretes de impulsar el plan «sordo». En el modelo de aliado, el intérprete hace un esfuerzo consciente para reconocer los desequilibrios de poder y lucha por crear un mayor equilibrio. Asimismo, como personas con enlaces personales y profesionales con la comunidad sorda, los intérpretes «aliados» se comprometen pública y conscientemente con ayudar a las personas sordas con avanzar su plan (Baker-Shenk, 1985).

El intérprete como aliado: un análisis más detallado

El término «aliado» se define como persona que apoya, endosa, contribuye y en quien se deposita confianza. Todos estos términos reconocen la relación única e importante que por mucho tiempo ha existido entre las personas sordas y los intérpretes. Según la comunidad sorda, para adquirir competencia lingüística y cultural, los intérpretes deben desarrollar relaciones sociales y personales con personas sordas, así como completar un plan de estudios formal en interpretación. Como resultado de estas relaciones personales, los intérpretes llegan a entender los retos diarios que enfrentan las personas sordas. El modelo del intérprete como aliado se concentra en el reconocimiento de la opresión que existe en nuestra sociedad y lucha por crear alianzas con las personas sordas que reducirán los desequilibrios de poder que persisten. De nuevo, esto es una desviación significativa en la teoría de los modelos anteriores del papel del intérprete, los que con frecuencia se percibían por las personas sordas como punitivos y opresivos.

El modelo del intérprete como aliado se basa en el respeto duradero por las experiencias lingüísticas y culturales de las personas sordas en el entorno de nuestra sociedad, y un reconocimiento profundo de la opresión histórica que se ha perpetrado hacia ellas. También reconoce que los intérpretes, como facilitadores de comunicación, tienen poder y pueden usarlo de una manera que cree más equilibrio entre las personas sordas y las oyentes. También significa practicar la introspección y la autoconsciencia, porque este modelo exige que reconozcamos que los intérpretes también han contribuido a la opresión de las personas sordas por medio de nuestras políticas lingüísticas y la definición de nuestro papel. Adherirse al papel de «intérprete como aliado» es desechar ver elevarse el estatus de las personas sordas en la sociedad, y comprometerse con contribuir a la autorealización del movimiento de la comunidad sorda (Baker-Shenk, 1985).

No obstante, debe notarse que es importante distinguir entre el «intérprete como aliado» y el «intérprete como activista» o «defensor». La meta de «intérprete como aliado» es contribuir a las metas de la comunidad sorda de manera positiva y favorable. No pretende ser un modelo de liderazgo, uno en que los intérpretes «toman control» del «plan sordo» y luchan por obtener los derechos de la comunidad sorda. En cambio, se concentra en entender la naturaleza de la opresión y cómo los intérpretes pueden trabajar para eliminar la opresión y los desequilibrios de poder. El compromiso con apoyar el movimiento político y social creado por la comunidad sorda estadounidense proviene de nuestra creciente conciencia y aprecio de sus muchos logros y capacidades. La clave es concentrarse en el éxito y la potencia de las personas sordas en lugar de sus limitaciones y problemas. Por lo tanto, es imprescindible que los intérpretes que se adhieren al modelo de aliado tengan una autoconsciencia y suficiente competencia bilingüe y bicultural. Sin la autoconsciencia y la competencia lingüística, cultural y de interpretación, el modelo de aliado pronto puede convertirse en modelo de «cuidador benévolos» (Baker-Shenk, 1985, 1986).

El intérprete como aliado: estudios de caso

Un ejemplo del modelo de aliado en acción es el rector sordo infame de 1988. Los estudiantes, con el apoyo del profesorado y el personal de la universidad, realizaron una petición a la universidad para que contratara a un rector sordo. La respuesta de la mesa directiva de la universidad fue contratar a una mujer oyente, sin experiencia previa en trabajar con personas sordas, lo cual resultó en una manifestación que cerró la universidad por casi una semana. La protesta cobró fama en la esfera nacional e internacional por parte de los medios noticieros, y brindó una oportunidad a los estudiantes sordos a demostrar sus inquietudes ante el público estadounidense por medio de las cadenas televisivas. No obstante, la manifestación era un movimiento voluntario, basado en unas creencias sociales y políticas fuertes provenientes desde dentro de la comunidad sorda. No había financiación para pagar por la ayuda en relaciones públicas, a los intérpretes para ayudarles hablar con los medios, ni otros costos relacionados con la protesta. En reconocimiento del movimiento, muchos intérpretes muy capacitados llegaron a Gallaudet y ofrecieron su tiempo y destrezas para ayudar a los líderes del cuerpo estudiantil a comunicarse con los medios noticieros y los representantes gubernamentales. Estos intérpretes voluntariados trabajaron largas horas para el único propósito de apoyar a los estudiantes sordos en avanzar su plan político. Cuando se acercaban los medios a hablar con los intérpretes, éstos pronto desviaban la atención hacia los estudiantes sordos líderes; de esta forma, funcionaron únicamente como aliados, y empoderaron a los estudiantes sordos a resolver sus inquietudes directamente. Lo anterior es un ejemplo de nuestro creciente respeto por el plan «sordo» y de nuestro reconocimiento de que la autorealización es el resultado natural del progreso social y político directo de la comunidad sorda.

Aunque el movimiento de derechos civiles de las personas sordas ha progresado mucho, aún existen muchas personas sordas con escasas oportunidades educacionales o que forman parte de programas educativos concentrados en enseñar cómo se debe hablar y la amplificación de la audición, a la expensa de materia académica. Además, todavía es común encontrar personas sordas con familias que no aprenden comunicarse con ellas de manera significativa o que las sobreprotegen. Por lo tanto, las personas sordas a menudo carecen de un nivel lingüístico adecuado que les permita leer y escribir bien y/o carecen de una sensibilidad social: se les ha enseñado dependerse de personas oyentes para manejar sus vidas. También, les faltan conocimientos de cómo defender sus propios derechos para asegurar que reciban servicios adecuados. Estas personas sordas representan un reto especial para los intérpretes que se adhieren al modelo de aliado.

Considérese, por ejemplo, el caso de Robert, sordo masculino de cincuenta y cinco años que no completó sus estudios y trabaja para una fábrica como obrador. Vive en un apartamento pequeño y toma el autobús para ir y venir del trabajo todos los días. Su vida se centra en su trabajo y un grupo pequeño de amigos sordos con quien comparte de forma regular. Necesita operarse de la

pierna, debido a un accidente que sufrió en otro trabajo. Fue con un intérprete al cirujano para hablar de los planes para la intervención quirúrgica; el médico examinó a Roberto, le explicó de qué consistía la cirugía y le dio a Roberto un medicamento para tomar la noche antes de la operación, y una lista de dos o tres instrucciones que quería que Robert siguiera: en ayuno a partir de las 6 p.m., mantener la pierna elevada por 12 horas antes de la cirugía. Cuando Robert y el intérprete salieron de la consulta, él le preguntó al intérprete para qué era la medicina y de qué se trataba la lista de instrucciones. El intérprete, por tanto, se dio cuenta de que Robert no había entendido las indicaciones del médico a fondo y le preguntó a Robert si quería volver a hablar con el médico y si había alguien que ayudaba a cuidarlo. Respondió que no a ambas preguntas y dijo que sólo quería que el intérprete le explicara todo de nuevo. El intérprete le afirma que la información a veces puede ser confusa y le recomienda que traten de hablar más con el médico o que le pidan a una enfermera aclaración. Vuelven al consultorio y Robert recibe una explicación más profunda de la medicina y las instrucciones. Además, el intérprete tiene oportunidad de informarle al médico que Robert no tiene buena lectura. En fin, el médico y el intérprete colaboran con Robert para convertir las instrucciones en forma gráfica, lo cual le hace sentir mejor y asegura al médico de que ahora puede seguir las indicaciones. Cuando llegó a su casa, puso las instrucciones gráficas en su nevera y, a la hora indicada, las siguió. Al reconocer que las dudas de Robert en cuanto a la medicina y las instrucciones eran válidas y al ayudarle conseguir la aclaración necesitada del médico, el intérprete le empoderó a Robert para que consiguiera lo que necesitaba.

El siguiente estudio de caso se trata de una persona sorda en un contexto jurídico. Tanya, una joven de diecinueve años que no completó sus estudios y proviene de una familia pobre, que la mantuvo muy protegida y no le buscó ayuda cuando empezó a tener arrebatos emocionales.

A Tanya la arrestaron por el asesinato del bebé de su prima una noche cuando su hermana debía estar cuidando a los niños. Un muchacho llegó a la casa para visitar a su hermana y ella salió, dejando el bebé con Tanya. Cuando empezó a llorar, Tanya no supo cómo reaccionar. Su hermana no volvía y su malestar siguió aumentándose hasta que herió mortalmente al bebé.

Cuando la arrestaron, la policía falló en conseguirle un intérprete que le explicara sus derechos legales; en cambio, emplearon a un policía que había tomado una o dos clases de lengua de señas. Tanya, que quería cooperar y sentía temor, entregó una confesión completa. No obstante, tenía la impresión de que si cooperaba con la policía, se ocuparían de ella, ya que su modo de ser era muy amigable. No entendía las implicaciones jurídicas de lo que había hecho. Después, el gobierno le asignó un defensor para representarla y contrató a un intérprete muy capacitado. El representante legal de la policía quería presentar la confesión escrita de Tanya como prueba en el juicio, a pesar de que el escrito era difícil de leer y contenía frases que se podían interpretar de varias maneras. El abogado de Tanya desconocía las leyes que exigen que la policía contrate a intérpretes cualificados para los interrogatorios policiales. Asimismo, desconocía las dificultades de lectura y escritura que son comunes para las personas sordas. El

intérprete fue capaz de proporcionarle al abogado recursos sobre las leyes que protegen los derechos civiles básicos de las personas sordas, así como peritos en el campo de la sordera que podían trabajar con él para medir la estabilidad mental de Tanya, explicar sus limitaciones educacionales y ayudarle preparar una defensa adecuada para Tanya.

El intérprete actuó como un recurso importante para el abogado. La meta no era liberar a Tanya, sino asegurar que le consignaran los mismos derechos que cualquier otra persona. El abogado no hubiese sabido dónde acudir para conseguir los recursos apropiados sin la ayuda del intérprete.

Un problema importante que los intérpretes enfrentan muchas veces es el hecho de que las personas oyentes que brindan servicios carecen de suficiente información sobre las personas sordas. Tal es el caso en el siguiente estudio de caso relacionado a una persona sorda, Mark, en una situación de salud mental. Mark ha estado sintiendo mucha depresión y ansiedad. Su empleador lo mandó a una clínica de consejería, donde el terapista que trabajó con Mark no había tenido experiencia previa con las personas sordas. Por lo tanto, se contrató a una intérprete. Mark explicó su sentimiento de aislamiento, sus frustraciones con su familia que no podía comunicarse con él, su descontento con su trabajo y su falta de interacción. El terapista interpretó estos comentarios como indicios de autocompasión y sintió que Mark era immaduro y estaba aprovechándose de su sordera para conseguir atención. Le aconsejó a Mark que tomara la iniciativa para interactuar más y tomar responsabilidad por crear una vida más positiva. Mark sintió que la terapista no entendía su experiencia «sorda», pero le faltaba la perspicacia para contra argumentar los consejos del terapista. Antes del próximo turno, la intérprete pudo hablar con el terapista y darle un contexto más amplio de la experiencia del sordo. Pudo referir al terapista a varias personas especializadas en trabajar con personas sordas y a varios autores que han escrito sobre la psicología de la sordera y las implicaciones de la opresión. El terapista logró obtener la fundación requerida, y resultó en que refirió a Mark a otra persona con la capacidad adecuada para trabajar con sus necesidades especiales. De nuevo, la intérprete funcionó como aliado y usó su puesto para fomentar mayor acceso y equilibrio para la persona sorda.

Un último ejemplo del modelo de intérprete como aliado se puede ver en el uso creciente de intérpretes sordos, los cuales se definen como personas sordas quienes han sido capacitadas como intérpretes para trabajar con una persona oyente para brindar una interpretación más exacta y natural de los mensajes entre la ASL y el inglés y viceversa. El intérprete sordo funciona como el intérprete principal —el que interactúa con el cliente sordo. El intérprete oyente funciona como el intérprete para el intérprete sordo —transmite los mensajes en inglés a ASL. El intérprete sordo realiza un análisis más profundo del mensaje para interpretarlo de una manera más contextualizada para el cliente sordo. El proceso funciona muy bien cuando se interpreta a personas sordas con escasa formación y lenguaje, o en situaciones en que el contexto es demasiado técnico y complicado, así como la interpretación de conferencias. El uso de intérpretes sordos ocurre principalmente cuando el intérprete oyente le informa al gobierno o al cliente

oyente de que el uso de un intérprete sordo será requerido para asegurar la comprensión y la fidelidad. Lo mismo requiere que los intérpretes oyentes reconozcamos nuestras limitaciones del lenguaje y la cultura de las personas sordas y que seamos dispuestos a compartir trabajos de interpretación con personas sordas. Esto es otra manera en que los intérpretes «aliados» pueden compartir el poder y apoyar el papel de personas sordas de empoderarse a sí mismos y a otras personas sordas.

El intérprete como aliado: cuestiones y consideraciones de espacio personal

Es importante distinguir entre la teoría y la práctica del modelo de intérprete como aliado. El grado a que el intérprete aplique muchos de los conceptos presentados en este artículo depende de muchos factores. En primer lugar, ¿quiénes son las personas sordas que están recibiendo el servicio de interpretación? Algunas personas sordas en los Estados Unidos dominan el inglés, por la edad a que perdieron la audición o por las oportunidades educacionales que recibieron. Conocen las normas de la sociedad en general y prefieren una interpretación basada en el uso del inglés. Cuando un intérprete es un verdadero aliado, respeta la diversidad del uso del idioma en la comunidad sorda y hace que su manera de interpretar se ajuste a las expectativas o las necesidades del cliente. Por otra parte, existen muchas personas sordas que son bilingües —dominan tanto el inglés como la ASL—, por ejemplo, las personas sordas con familias sordas. Quizá sepan inglés, pero prefieren la ASL como lengua nativa y natural que les permite sentir más cómodas y tener más facilidad al comunicarse. El intérprete que es aliado respeta el derecho de elección de los clientes sordos. La diferencia principal entre un intérprete aliado y los otros modelos de interpretación presentados en el presente es la actitud que engloban en cuanto a quiénes son las personas sordas y cuál es su estatus social y cuál debe ser. La actitud de un intérprete aliado se basa en una perspectiva sociolingüística de las personas sordas, contra la perspectiva patológica de ellas. Otros factores que se deben considerar son las metas de los clientes involucrados, el propósito de la interacción, el tema que se está tratando, el grado de conocimiento que tienen los clientes entre sí y la clase de interacción que se está interpretando.

También es importante notar que los intérpretes que logran trabajar con el modelo de intérprete como aliado son aquellos con un alto grado de competencia lingüística, competencia bilingüe y experiencia en interpretación. El grado de competencia requerido excede la cantidad de tiempo disponible en los programas de formación de intérpretes en los Estados Unidos. Asimismo, los salarios pagados a los intérpretes siguen siendo bajo, lo cual produce un efecto disuasorio en las personas, quienes deben invertir tiempo y dinero para obtener la formación y la experiencia necesarias para este alto grado de competencia. Sin embargo, nuestro campo ha demostrado un compromiso con la educación continua y seguimos haciendo adelantos en mejorar las destrezas de los intérpretes.

Conclusión

En conclusión, este artículo ha tratado los cambios generales en las teorías sobre el papel y las responsabilidades de los intérpretes en los Estados Unidos, concentrándose en el modelo de intérprete como aliado. Estos cambios han sido el resultado de muchos factores, así como las tendencias legislativas sobre los servicios para las personas sordas, como el movimiento social y político de derechos civiles de las personas sordas en los Estados Unidos. Las teorías actuales sobre el intérprete como aliado se exemplificaron en todo el artículo mediante el uso de varios estudios de caso. Sin embargo, es importante notar que todavía existe controversia sobre el modelo en el campo de la interpretación, y siguen realizándose esfuerzos para proporcionar información, formación y colaboración con personas sordas, lo que nos permitirá completar nuestra transición hacia un modelo de interpretación que refleje el respeto, la valoración y el aprecio por las experiencias de las personas sordas en nuestra sociedad. Seguimos aprendiendo y todavía estamos en estado de progreso. A la medida que las necesidades de las personas sordas siguen evolucionando, seguirán cambiando nuestras perspectivas de nuestro papel y responsabilidades.

Bibliografia

- Baker, C. y Battison, R., editores: Sign Language and the Deaf Community, National Association of the Deaf, Silver Spring, MD., 1980
- Baker-Shenk, C., et al: «Breaking the Shackles», en Sojourners, 30 de marzo 1985, pp. 30-32
- Baker-Shenk, C., «Characteristics of Oppressed and Oppressor People», en *Proceedings of the Ninth National RID Convention: The Art of Cross-Cultural Mediation*, Mcintire, M., editor, RID publications, Silver Spring, MD., 1986
- Caccamise, F., et. aL: Introduction to Interpreting, RID Publications, Silver Spring, MD., 1980
- Cokely, D., «Sign Language Teaching, Interpreting and Educational Policy», in Sign Language and the Deaf Community, National Association of the Deaf, Silver Spring, MD., 1980
- Cokely, D., Editors' Comments, en: The Reflector, Vol. 7, Fall, University Park, MD., 1983
- Cokely, D., Editors' Comments, en: The Reflector, VoL 8, Wtr., University Park, MD., 1984
- Cokely, D.: Towards a Sociolinguistic Model of the Interpreting Process, Lintok Press, Dissertation Series, Silver Spring, MD., 1990
- Frishberg, N., Interpreting: An Introduction, RID Publications, Silver Spring, MD, 1986, 1992
- Fritsch-Rudser, S., «Linguistic Analysis of Historical Change in Interpreting: 1973-1985», from Proceedings of the Ninth National RID Convention: The Art of Cross-Cultural Mediation, Mcintire, M., editor, RID Publications, Silver Spring, MD., 1986
- Hurwitz, T. y Witter-Merithew, A., «Principles of Interpreting in the Educational Environment», en: Mainstreaming: Practical Ideas for Educating Hearing Impaired Students, Bishop, ME, editor, AUG. Bell Association, Washington DC, 1979
- Lane, H., On Language, Power and the Deaf», from Proceedings of the Ninth National RID Convention: The Art of Cross-Cultural Mediation, Mcintire, M., editor, RID Publications, Silver Spring, MD., 1986
- Neumann Solow, S., Sign Language Interpreting: A Basic Resource Text, National Association of the Deaf, Silver Spring, MD., 1986
- Quigley, S., editor, Interpreting for Deaf People, Washington, DC, US Department of Health, Education, and Welfare, 1972
- Smith, T., «What Goes Around, Comes Around: Reciprocity and Interpreters», The Reflector, Vol. 1, 981, pp.18-21
- Smith, T., y Witter-Merithew, A., The Art and Science of Interpretation, seminar workbook, Advancement Seminars, Charlotte, N.C., 1991
- Smith, T., Deaf People In Context, Unpublished dissertation, University of WashingtonSeattle, 1996
- Witter-Merithew, A., et.al, A Resource Guide on Interpreter Training Programs, US Government Office for Handicapped Individuals, Washington, D.C., 1980

Witter-Merithew, A., y Dirst, R., «Preparation and Use of Educational Interpreters», Deafness and Communication Assessment and Training, Sims, et al, eds, William and Wilkins, Baltimore, MD., 1982

Witter-Merithew, A., «The Function of Assessing as Part of the Interpreting Process», RID Journal, Vol. 1, No.2, March, 1982, pp. 8-15

Witter-Merithew, A., «Claiming our Destiny- Part 1», RID Views, RID Publications, Silver Spring, MD., October, 1986

Witter-Merithew, A., «Claiming our Destiny- Part 2», RID Views, RID Publications, Silver Spring, MD., December, 1986

Witter-Merithew, A., y Smith, T., Advanced Skill Development for Working Interpreters, seminar workbook, Advancement Seminars, Charlotte, N.C., 1993

Witter-Merithew, A., «The Sociopolitical Context of Interpreting for Deaf People», in Interpreting in the America Legal System Workbook, pp. 12-23, Sign Media, Silver, MD., 1995

Witter-Merithew, A., y Stewart, K., «Keys to Highly Effective Ethical Decision-Making: An Approach to Teaching Standards and Practice», in CIT Convention Proceedings: The Keys to Highly to Highly Effective Interpreter Education, Salt Lake City, Utah, November, 1998